

SERMONS PREACHED ON VARIOUS OCCASIONS

SERMON III, pp. 31-46

Predicado en la iglesia de la Universidad Católica de Irlanda, Dublín.

27º domingo después de Pentecostés, 1856.

ESPERANDO A CRISTO

Servire Deo vivo et vero, et expectare Filium ejus de coelis, quem suscitavit ex mortuis, Jesum, qui eripuit nos ab ira ventura.

Servir a Dios vivo verdadero, y esperar así a su Hijo Jesús que ha de venir de los cielos, a quien resucitó de entre los muertos y que nos salva de la cólera venidera.

(1 Tes, 1, 9-10)

A medida que nos aproximamos al tiempo del adviento de nuestro Señor, somos advertidos, domingo tras domingo, por nuestra tierna Madre, la Santa Iglesia, acerca del deber de estar a la expectativa del mismo. La semana pasada se nos recordaba ese día terrible en que los ángeles segarán la tierra, y juntarán las hierbas nocivas y malas en medio del trigo, y las atarán en fardos para quemarlas. La próxima semana leeremos acerca de esa “gran tribulación” que precederá inmediatamente a la caída del sol y la luna, y la aparición en el cielo de la señal del Hijo del Hombre. Y hoy se nos dice que esperemos expectantes ese signo tremendo, sirviendo mientras tanto al Dios vivo y verdadero, como es debido a Aquel que “nos ha convertido de los ídolos” y “nos ha liberado de la ira venidera”.

Lo que San Pablo llama “esperar”, o “estar a la expectativa”, o “estar atentos”, es lo que nuestro Señor nos manda hacer: “cuando empiecen a suceder estas cosas, cobrad ánimo y levantad vuestras cabezas” (Lc 21,28), como si nuestro deber fuera estar en alerta, poniéndonos de pie de un salto a la primera noticia, y esforzando los ojos con ansia e devoto interés para poder captar la primera visión de Su presencia cuando se manifieste en los cielos, del mismo modo como una ciudad o país de tanto en tanto vela toda la noche ante la aparición de algún meteoro o estrella rara, que la ciencia ha dicho que viene. En otra parte este estado de ánimo es llamado vigilia, sea por nuestro Señor o por sus santos apóstoles después. “Vigilad, pues, porque no sabéis cuándo viene el dueño de casa, si al atardecer, o a media noche, o al cantar del gallo, o de madrugada. No sea que llegue de improviso y os encuentre dormidos. Lo que a vosotros digo, lo digo a todos: ¡Vigilad!” (Mc 13, 35-37). Y San Pablo dice: “Ya es hora de levantarnos del sueño, pues la salvación está más cerca de nosotros que cuando abrazamos la fe” (Rom 13,11). Y San Juan dice: “Mira que vengo como ladrón. Dichoso el que esté en vela y conserve sus vestidos” (Apoc 16,15).

Pasajes como estos podrían multiplicarse, y nos llevan a distintas reflexiones. La sustancia de la religión consiste en la fe, la esperanza, y la caridad, y la calificación para la vida eterna es estar en estado de gracia y libres del pecado mortal. Sin embargo, cuando llegamos a la cuestión de cómo tenemos que preservarnos en estado de gracia y obtener el don de la perseverancia, se nos demandan un número de observancias por encima de aquellas obligaciones en las que reside la sustancia de la religión, pues son su salvaguarda y protección. Y estas mismas observancias, siendo de una naturaleza que

capta el ojo del mundo, se convierten en distintivos del cristiano, comparado con otros hombres, mientras la fe, la esperanza y la caridad, se alojan en lo profundo del corazón y no se ven. Una de estas características del espíritu cristiano, que brotan de las tres virtudes teologales, y luego por turno las defiende y fortalece, es ese hábito de esperar y vigilar, al que nos invita este tiempo del año especialmente, y el mismo hábito es también una señal de los hijos de la Iglesia, y una nota del origen divino de la misma.

Ciertamente, si escuchamos al mundo tomaremos otro rumbo. Pensaremos que el temple del que estoy hablando es superfluo o entusiasta. Aspiraremos a hacer solamente lo que es necesario, y trataremos de averiguar lo poco que será suficiente. No buscaremos a Cristo, sino los premios de esta vida. Formaremos nuestros juicios acerca de las cosas por lo que otros dicen, admiraremos lo que ellos admiran, y haremos reverencia y tendremos en mucho la opinión del mundo. Tendremos miedo de dar escándalo al mundo. Tendremos una secreta vacilación ante las enseñanzas de la Iglesia. Tendremos un sentimiento de inseguridad e inquietud cuando se hace mención de las máximas de hombres santos y escritores ascéticos, porque no gustan, aunque sin atreverse a disentir. Estaremos escasos de actos sobrenaturales, y tendremos poco o nada de los hábitos de virtud que están formados por ellos y son armadura a prueba de tentaciones. Permitiremos que nuestras almas sean invadidas por los pecados veniales, que tienden al pecado mortal, si no lo han alcanzado ya. Nos sentiremos de muy mala gana para enfrentar el pensamiento de la muerte. Seremos todo esto, y haremos todo esto, y en consecuencia será muy difícil para un espectador decir en qué nos diferenciamos de los hombres respetables y de buen comportamiento que no son católicos.

En ese caso, ciertamente, no daremos ninguna muestra de espíritu cristiano, ni seremos en nuestras personas argumento alguno a favor de la verdad del cristianismo, pero confío y supongo que nuestra idea del cristianismo es más elevada y no puede ser satisfecha con una conducta tan contraria a la que nos ha llamado nuestro Salvador y sus apóstoles. Hablando, entonces, a hombres que quieren ahora estar del lado y en el lugar en que desearán haber estado cuando su Señor llegue realmente, digo que debemos no sólo tener fe en Él, sino esperarle, y no sólo esperarle sino vigilar, y no sólo amarle sino anhelarle, y no sólo obedecerle sino buscar seriamente nuestra recompensa, que es Él mismo. No solamente debemos hacer de Él el objeto de nuestra fe, esperanza y caridad, sino hacer que nuestro deber sea no creerle al mundo, no esperar en el mundo, no amar el mundo. Debemos resolver no aferrarnos a la opinión del mundo, o estudiar sus deseos. Nuestra simple sabiduría es ser independientes de todas las cosas aquí abajo. El Apóstol dice “El tiempo es corto. Por lo tanto,...los que lloran vivan como si no lloraran, los que están alegres como si no lo estuvieran, los que compran como si no poseyeran nada, los que disfrutan del mundo como si no disfrutaran. Porque la apariencia de este mundo pasa”. (1 Cor 7,29-31)

Leemos en el Evangelio de nuestro Señor que en una ocasión “entró en un pueblo”, y fue recibido y atendido “por una mujer llamada Marta”. Había dos hermanas, Marta y María. “Marta estaba atareada en muchos quehaceres”, pero María estaba sentada a los pies del Señor y escuchaba sus palabras. Recordaréis, hermanos, la comparación que hizo Jesús de estas dos hermanas santas. “Marta, Marta”, dijo, “te preocupas y te agitas por muchas cosas, pero una sola cosa es necesaria. María ha elegido la parte mejor, que no le será quitada” (Lc 10, 38-42).

Entonces, los que vigilan y esperan al Señor son los que tienen una devoción afectuosa y delicada hacia El, los que se alimentan al pensar en El y están pendientes de Sus palabras, viven de Su sonrisa, y crecen y florecen bajo Su manos. Son impacientes

esperando Su aprobación, rápidos en captar lo que quiere decir, y celosos de Su honor. Le ven en todas las cosas, le esperan en todos los acontecimientos, en medio de sus cuidados, intereses y ocupaciones de la vida, y no sentirían decepción sino un gozo grandísimo si escucharan que está a punto de llegar. Dice el cántico inspirado: “Por las noches he buscado al amor de mi alma. Le busqué y no le hallé. Me levantaré, pues, y recorreré la ciudad. Por las calles y las plazas buscaré al amor de mi alma” (Cantar de los Cantares, 3,1-2). ¿Deberé ser más definido en mi descripción de este temple afectuoso? Pregunto pues: ¿conocéis el sentimiento de expectación por un amigo que está por llegar, y tarda?; ¿conocéis lo que es estar en compañía con quienes no estáis a gusto y desear que el tiempo pase y que llegue la hora de estar libres de ellos?; ¿conocéis lo que es estar ansioso de miedo a que algo pueda ocurrir o no, o estar en suspenso acerca de algún acontecimiento importante que hace latir vuestro corazón cuando algo os lo recuerda, y que es lo primero que pensáis a la mañana?; ¿conocéis lo que es tener amigos en un país lejano, esperar noticias de ellos, y preguntarse día a día lo que estarán haciendo y si se encuentran bien?; ¿sabéis, por otro lado, lo que es estar en un país extraño, sin nadie con quien hablar, sin nadie que simpatice contigo, sentir nostalgia del hogar, estar abatido porque no recibes ni una carta, y perplejo de cómo podrás regresar?; ¿conocéis lo es amar una persona y vivir con ella, de modo que vuestros ojos la siguen, que leéis su alma, que veis los cambios en su rostro, que podéis anticiparos a lo que necesita, que estáis tristes con su tristeza, afligidos cuando está molesta, inquietos cuando no podéis comprenderla, y aliviados y consolados cuando habéis aclarado el misterio?

Este es el estado de espíritu cuando nuestro Señor y Salvador es su Objeto, no inteligible al mundo a primera vista, ni fácil a la naturaleza, pero de un cumplimiento tan ordinario en la Iglesia de todas las épocas, que llega a ser el signo de la presencia de Aquel que es invisible, y una suerte de nota de la divinidad de nuestra religión. Sabéis que existen instintos sutiles en los animales inferiores, por los cuales entienden la presencia de cosas que el hombre puede discernir, como los cambios atmosféricos, las convulsiones de la tierra, o sus enemigos naturales que todavía no ven realmente, y consideramos su inquietud o el terror que muestran como prueba de que hay algo cerca de ellos, que es el objeto del sentimiento y la evidencia de su realidad. Bien, de algún modo, el continuo vigilar y esperar a Cristo, que han manifestado profetas, apóstoles y la Iglesia edificada sobre ellos, siglo tras siglo, es una demostración de que su Objeto no es un sueño o una fantasía, sino que existe realmente. En otras palabras, El vive aún, siempre ha vivido, es el que estuvo una vez en la tierra, murió, desapareció, y dijo que volvería.

Durante siglos, antes que El llegara a la tierra, profeta tras profeta estuvo en su alta torre, a la expectativa de su venida, a través de la noche oscura, y vigilando el más leve vislumbre del amanecer. Uno de ellos dice: “En mi puesto de guardia me pondré, me plantaré en mi muro, y vigilaré para ver lo que El me dice, lo que responde a mi querella. Y me respondió el Señor y dijo: ...La visión tiene su fecha, aspira a ella al fin y no defrauda; si tarda, espérala pues vendrá ciertamente sin retraso” (Ha 2, 1-4). Otro dice: “Oh Dios, Tú eres mi Dios, yo te busco, mi alma tiene sed de Ti; mi carne tiene ansia de Ti, como tierra reseca, agotada, sin agua” (Sal 62, 2). Y otro: “A Ti levanto mis ojos, a Ti que habitas en el cielo. Como están los ojos de los esclavos fijos en las manos de sus señores, como están los ojos de la esclava fijos en las manos de su señora” (Sal 122, 1-2). Y otro: “¡Ah, si rasgaras los cielos y bajaras! –A tu presencia se derretirían los montes– cual fuego que enciende la leña seca, cual fuego que hace hervir el

agua...Porque nadie oyó, ningún oído percibió y ningún ojo ha visto a otro Dios fuera de Ti, que obre así con los que esperan en El” (Is 64,1-4).

Ahora bien, si existieron hombres que tenían derecho a estar, no desapegados, sino apegados a este mundo, fueron los antiguos siervos de Dios. La misma palabra del Altísimo les dio a ellos esta tierra como porción y recompensa. Nuestra recompensa es futura, al judío se le prometió una temporal. Aún así, hicieron a un lado el buen regalo de Dios por Su mejor promesa, y sacrificaron la posesión por la esperanza. No se contentarían con nada menos que la fruición de su Creador, ni esperarían nada menos que ver el rostro de su Liberador. Si la tierra debe ser destruida, si los cielos deben ser rasgados, si los elementos tienen que derretirse, si el orden de la naturaleza debe deshacerse, para que El aparezca, que sea la ruina, antes que quedarse sin El. Tal era el anhelo intenso de los fieles judíos, a la expectativa de lo iba a venir. Y digo que su misma ansia en vigilar y paciencia en esperar fue tal que impresionó al mundo, abriéndolo al reclamo del cristianismo de ser aceptado como verdad, pues la perseverancia en esperar prueba que había algo para esperar.

Y después que nuestro Señor llegó y se fue, los apóstoles no se quedaron atrás de los profetas en la agudeza de percepción y el ansia vehemente hacia El. El milagro de la paciente espera fue continuo. Cuando El ascendió desde el monte Olivete, ellos se quedaron mirando al cielo, y fue necesario que los ángeles les mandaran hacer su trabajo, antes que lo dejaran. Y desde entonces el *Sursum corda*¹ estuvo con ellos. “Nuestra conversación está en el cielo”, dice San Pablo, es decir, que nuestra ciudadanía, nuestro deber social, nuestra vida activa, nuestra relación cotidiana, es con el mundo invisible, “de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo” (Fil 3,20). “Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con El” (Col 3,1-4)

Tan vívido y continuo era este estado de su espíritu en los apóstoles y sus sucesores, que para el mundo parecían estar esperando la inmediata reaparición de su Señor. Dice San Juan: “Mirad, viene acompañado de nubes; todo ojo le verá, hasta los que le traspasaron, y por él harán duelo todas las razas de la tierra...Dice el que da testimonio de todo esto: ‘Sí, vengo pronto’ ¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!” (Ap 1,7; 22,20). Ellos olvidaron el paso del tiempo, como los hombres santos hacen en éxtasis. Pasan por alto en su espíritu el lento intervalo, como el ojo puede ser llevado más allá de una gran extensión de campo llano, y ve solamente las nubes gloriosas en el horizonte lejano. Así es como San Pedro tuvo que explicar el asunto: “En los últimos tiempos vendrán hombres llenos de sarcasmo, que dirán en son de burla: ‘¿Dónde queda la promesa de su Venida?...Pero una cosa no podéis ignorar, queridos: que ante el Señor un día es como mil años y, mil años como un día...Puesto que todas estas cosas han de disolverse así, ¿cómo conviene que seáis en vuestra santa conducta y en la piedad, *esperando y acelerando* la venida del Día de Dios?” (2 Pe, 3, 3-4. 8. 11-12). Véis que el gran apóstol no disuade a sus hermanos de anticipar el día, mientras afirma que tardará en llegar. Explica el error del mundo, que entendió el ansia de expectación de ellos acerca de la venida de nuestro Señor como una prueba de que pensaban iba a llegar entonces. Pero, ¡qué intenso y absorbente debió ser en ellos este pensamiento acerca de El, para ser tan mal comprendido! Más aún, es casi la descripción que da San Pablo de los elegidos de Dios. Cuando estaba en prisión, en vísperas de su martirio, envió sus

¹ NT: “Levantemos el corazón”, exclamación litúrgica del Prefacio de la Misa.

últimas palabras a su amado discípulo, San Timoteo: “Desde ahora me aguarda la corona de la justicia,...y no solamente a mí”. ¿A quiénes más? ¿Cómo describe a los herederos de la gloria? Sigue diciendo: “no solamente a mí, sino también a todos los que hayan esperado *con amor su Venida*” (2 Tim 4, 8).

Esta vigorosa y directa percepción de un Señor y Salvador invisible no ha sido sólo propia de los profetas y apóstoles, sino que ha sido el hábito de la Santa Iglesia y de sus hijos, hasta el día de hoy. Pasa una época tras otra, y ella varía su disciplina y añade devociones, pero todo con el único propósito de fijar más plenamente su propia mirada, y la de sus hijos, en la persona de su Señor invisible. Le ha contemplado con adoración, rasgo por rasgo, y le ha rendido homenaje en cada uno. Nos ha hecho honrar sus cinco llagas, su preciosa Sangre y su Sagrado Corazón. Nos ha mandado meditar en su infancia y en los hechos de su ministerio, en su agonía, flagelación y crucifixión. Nos ha enviado en peregrinación a su lugar de nacimiento y a su sepultura, y al monte de su ascensión. Ha buscado y ha puesto ante nosotros las reliquias de su vida y de su muerte, el pesebre y la santa casa, su santa túnica, el paño de Santa Verónica, la cruz y los clavos, su mortaja y el sudario para su cabeza.

Y así también, si la Iglesia ha exaltado a María o a José, ha sido en vistas de la gloria de la sagrada humanidad de Cristo. Si María es proclamada inmaculada, aclara la doctrina de su maternidad. Si se la llama Madre de Dios es para recordarle a El que, aunque no lo vemos, es no obstante nuestra posesión porque es de la raza del hombre. Si se la pinta con El en sus brazos es porque no toleramos que el objeto de nuestro amor deje de ser humano por ser también divino. Si ella es la Madre dolorosa es porque está al pie de su cruz. Si es María desolada es porque su cuerpo muerto está en su regazo. Si es la coronada, es El quien pone la corona sobre su cabeza con su tierna mano. Y, del mismo modo, si somos devotos de José, es como padre adoptivo suyo, y si es el santo de la buena muerte es porque muere en los brazos de Jesús y María.

Y los hombres y mujeres santas han sido ejemplos hasta hoy de aquello a lo cual la Iglesia nos anima. ¿Será necesario referirse a las vidas de las Santas Vírgenes, que fueron y son las verdaderas esposas de Cristo, casadas con El por un matrimonio místico, y visitadas aquí en muchas ocasiones por las señales de esa bendición celestial inefable que es en el cielo su herencia eterna? Los mártires, los confesores de la fe de la Iglesia, obispos, evangelistas, doctores, predicadores, monjes, eremitas, maestros espirituales, ¿no han vivido todos, como sus historias lo muestran, del nombre de Jesús, como alimento, como medicina, como fragancia, como luz, como vida de los muertos?, como dice uno de ellos, “in aure dulce canticum, in ore mel mirificum, y corde nectar coelicum”².

Para experimentar esto no es necesario ser un santo. Esta íntima e inmediata dependencia del Emmanuel, Dios con nosotros, ha sido en todas las épocas la característica, casi la definición, de un cristiano. Es el sentir ordinario de los pueblos católicos, el sentimiento elemental de todos los que tienen la común esperanza del cielo. Recuerdo, años atrás, haber escuchado hablar con asombro y perplejidad a un conocido, no católico, de una obra de devoción (escrita como los católicos escriben por lo general), porque, decía, el autor escribía como si tuviera “una suerte de apego personal a nuestro Señor, como si le hubiera visto, conocido, vivido con El, en vez de profesar y creer simplemente en la gran doctrina de la expiación”. Es el mismo fenómeno que sacude a los que no son católicos cuando entran a nuestras iglesias. Están acostumbrados a hacer actos religiosos simplemente como un deber, son serios a la hora

² Dulce cántico en los oídos, miel maravillosa en la boca, néctar celestial en el corazón.

de rezar y se comportan con decencia porque es un deber. Pero vosotros sabéis, hermanos, que el mero deber, el sentido de la conveniencia, una buena conducta, no son los principios rectores en el espíritu de nuestros fieles. ¿Por qué, al contrario, tienen esas posturas espontáneas de devoción, esos gestos sin afectación, esos rostros distraídos, esa desatención a la presencia de los demás, esa ausencia de vergüenza que reina entre los profesores de otros credos? El espectador ve el efecto, pero no puede entender la causa. *Nosotros* no tenemos dificultad en responder *porqué* esta simple formalidad de culto. Es porque el Salvador Encarnado está presente en el tabernáculo, y entonces, cuando la iglesia, hasta ahora silenciosa, se ilumina de repente, por así decir, con el estallido pleno y penetrante de las voces de toda la feligresía, es porque El ha subido a su trono sobre el altar, para ser allí adorado. Es el Signo visible del Hijo del Hombre que estremece a todos los fieles congregados, y les hace rebosar de júbilo.

Esto me lleva a referir un pasaje de la historia de los últimos años del magnífico hombre que influyó en los destinos de Europa al comienzo de este siglo³. Atraído ya la atención de filósofos y predicadores, en relación con sus sentimientos hacia el cristianismo, y como argumento a favor del mismo, afín a lo que he estado insistiendo. No fue un argumento antinatural en alguien que tuvo esa pasión especial por la gloria humana, que ha sido el incentivo de tantas carreras heroicas y tantas revoluciones poderosas en la historia del mundo. Se dice que en la soledad de su prisión, y a la vista de la muerte, se expresó del siguiente modo:

– He estado acostumbrado a ponerme delante los ejemplos de Alejandro y César, con la esperanza de rivalizar en sus hazañas y de vivir en las mentes de los hombres para siempre. Pero, después de todo, ¿en qué sentido viven César y Alejandro? ¿Quién conoce y a quién le importa algo acerca de ellos? Como mucho se conocen sus nombres, pues ¿quién entre la multitud de hombres que escucha o pronuncia sus nombres sabe realmente algo sobre sus vidas o acciones, o vincula a esos nombres alguna idea definida? Aún sus nombres no hacen sino ir y venir por el mundo como fantasmas, citados sólo en ocasiones particulares, o por asociaciones accidentales. Su hogar principal es el aula de la escuela, ocupan el primer lugar en las gramáticas y cuadernos de ejercicios de los muchachos, son espléndidos ejemplos para temas de composición, y son material de escritura. Tan bajo han caído el heroico Alejandro y el imperial César. “*Ut pueris placeat et declamatio fias*”⁴.

Pero (se dice que continuó), existe un solo Nombre en todo el mundo que está vivo: es el Nombre de Uno que pasó sus años en la oscuridad y que murió como un malhechor. Mil ochocientos años han pasado ya desde entonces, pero El tiene un lugar en el espíritu humano. Ha poseído el mundo y mantiene su posesión. El Dueño de ese Nombre reina en las naciones más variadas, bajo las circunstancias más diversas, en los intelectos más cultivados, y en los más rudos, en todas las clases sociales. Encumbrados y abajados, ricos y pobres, todos le conocen. Millones de almas conversan con El, se arriesgan por Su palabra, y buscan Su presencia. Innumerables y suntuosos palacios se levantan en Su honor. La imagen de su humillación más profunda es exhibida triunfalmente en la ciudad orgullosa, a campo abierto, en las esquinas de las calles, y en lo alto de las montañas. Santifica la sala solariega y el dormitorio, y es objeto para los más altos genios de las artes. Se lleva junto al corazón en la vida. Se sostiene ante los ojos desfallecientes en la muerte. He aquí Uno que no es un puro nombre, una ficción vacía. Es sustantivo. Murió y se fue, pero vive aún, como pensamiento vivo y vigoroso de sucesivas generaciones, como tremendo y poderoso motivo de miles de grandes

³ Se refiere a Napoleón.

⁴ Para agradar a los niños y que sepan declamar.

acontecimientos. El ha hecho sin esfuerzo lo que otros no han hecho a lo largo de la vida con luchas heroicas. ¿Puede ser El menos que divino? ¿Quién es sino el mismo Creador, que reina sobre sus propias obras, hacia quien nuestros ojos y corazones se dirigen instintivamente, porque es nuestro Padre y nuestro Dios?

Hermanos, he asumido que somos lo que debemos ser, pero si hay alguna condición o clase de hombres en la Iglesia que están en peligro de faltar en sus obligaciones sobre las que he insistido, esos somos nosotros. Si hay quienes no esperan a su Señor y Salvador, que no vigilan expectantes su llegada, que no le anhelan, que no conversan con El, son los que, como nosotros, están en posesión o en la búsqueda de bienes temporales. Aquellas almas santas cuyos méritos y satisfacciones casi las hacen estar seguras del cielo, por la misma naturaleza de su estado se alimentan de Cristo. Aquellas santas comunidades de hombres y mujeres, cuya vida es la mortificación, por su misma profesión de perfección están esperándole y vigilando. Los pobres, esas multitudes que pasan sus días en sufrimiento obligado, por la dura persuasión de ese sufrimiento están esperándole. Pero nosotros, hermanos, que estamos en circunstancias fáciles, o en un torbellino de ocupaciones, o en un laberinto de cuidados, o en una guerra de pasiones, o en la carrera de las riquezas, del honor, o de la posición social, o en busca de la ciencia o la literatura, somos los hombres que, probablemente, no tengamos estima, ni hambre ni sed, ni apetito por el verdadero pan del cielo y el agua viva. “El Espíritu y la Novia dicen: ‘¡Ven!’’. Y el que oiga, diga: ‘¡Ven!’’. Y el que tenga sed, que se acerque, y el que quiera, reciba gratis agua de vida”. (Ap 22,17). Que Dios en Su misericordia despierte nuestros espíritus perezosos, e inflame nuestros corazones mundanos, para que podamos dejar de ser una excepción en Su gran familia, que siempre está adorándole, alabándole y amándole.